

BLANCA
ALVAREZ



LAS
HEREJES

Saga Barbara Villalta I



1ª Edición: Octubre 2015

©2015 by Blanca Álvarez

©2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Black

Dirección: www.edicionescoral.com/

I.S.B.N.: 978—84—944480—6—5

Depósito Legal: T 1276—2015

Diseño de cubierta:

© Maiki Niky Design (Rosa Ceballos)

www.maikinikydesign.es

Fotografías de cubierta

©Depositphotos

Conversión en epub: Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

SINOPSIS

Cuando tres hombres de la Iglesia aparecen asesinados con una paloma grabada en el pecho, todos temen encontrarse frente a un asesinato en serie dirigido contra la Iglesia.

Argumento que se desbarata cuando los asesinados ya no pertenecen a ese ámbito: un yonqui en Oviedo, un notario en Bilbao, un militar en Cáceres, un deportista de élite en Mallorca. Todos asesinados del mismo modo. Y detrás de todos ellos unaherejía italiana del siglo XIII, las Guillermitas, primera herejía que pretende igualar el papel de la mujer en la machista Iglesia.

Bárbara Villalta, lesbiana, gorda, pre—menopaúsica y enfadada con el mundo, llega al caso porque el yonqui asesinado es hermano de una prostituta que trabaja para madame Josefina, cliente del bufete donde ella trabaja en casos menores de divorcios y estafas a los seguros.

Las Herejes

Blanca Álvarez



Madrid, 1 septiembre

López ha preferido coger el metro. No le gusta viajar en coche por Madrid, mucho menos por el centro. Disfruta callejeando, aunque le quedan lejanos los tiempos en que su trabajo consistía en patear calles.

No le gusta la entrevista que tendrá lugar en breve.

No le gusta la Iglesia, ni sus formas suaves y tramposas. No volvió a entrar en una desde el día en que su madre no encontró fuerzas para obligarlo a acompañarla los domingos, *hijo, aunque sólo sea un día*; ella feliz, él resignado.

Detesta que a un grupo de locos se le haya ocurrido la brillante idea de comenzar a cargarse curas, y como traca final, al menos de momento, un obispo. En dos meses, cuatro sacerdotes en Madrid, un obispo en Barcelona. Demasiados. De hecho, muchos aprovechan la locura de estas muertes para regresar a viejas teorías de conspiración contra la Iglesia, incluso algunos hablan de rojos ateos, fruto de una sociedad laica donde se legalizan matrimonios contra natura y abortos al alcance de las menores.

La radio oficiosa de la Iglesia lanza soflamas a diario; comienzan a convocarse manifestaciones piadosas para salvar la tradición católica... Si continúan los asesinatos, y al inspector ni se le ocurre dudarlo, terminará en un país con procesiones, mantillas y santos bajo palio pidieron la llegada de un nuevo generalísimo para salvar al país.

Definitivamente, López hubiera preferido llevar cualquier otro caso. Para colmo, lo han colocado en una brigada especial para investigar el caso de los asesinatos en serie, tan infrecuentes en España, y le toca en suerte a él. Desde el CESID insisten en la teoría de una secta satánica, de nuevo cuño y desconocida hasta el momento. De hecho, la señal que dejan en el pecho de las víctimas es única: sin conexiones conocidas: un círculo con una pequeña cruz en la base

y en el centro el perfil de una paloma. Con todos los medios a su alcance, incluidos unos cuantos expertos en Internet, los chicos del CESID saben lo mismo que ellos. Definitivamente, nada.

Están absolutamente perdidos. La única coincidencia entre los muertos son sus votos eclesiásticos y el símbolo dibujado con bisturí o instrumento semejante, en el pecho, rasurado para resaltar el símbolo, de las víctimas. También el modo: sin más violencia que algo afilado, tal vez un punzón, atravesando limpiamente el corazón. Sin éxtasis sangrientos ni torturas. Ni la edad, que va de los treinta y cinco del más joven, a los casi setenta del mayor; ni los destinos: dos de ellos trabajaban en Colegios religiosos, dos eran párrocos en feligresías pequeñas de las afueras; el último, obispo. No pertenecen a la misma comunidad; a ninguno se le conocen contactos con grupos extremistas de la propia Iglesia, ni Opus, ni Legionarios de Cristo. No han estudiado en el mismo seminario, ni sus formaciones tienen connotaciones o parecidos. Ni siquiera su procedencia social o familiar.

Nada, salvo las sotanas.

Habían solicitado una entrevista con el responsable del arzobispado madrileño tras la muerte del segundo sacerdote, pero la Iglesia se toma con calma las iniciativas que no son propias y la cita había sido aplazada hasta ese miércoles, uno de septiembre. Él se había quedado sin vacaciones, pero, al parecer, el mes de agosto era tan sagrado para los prelados como las fiestas de guardar, y fue necesario esperar a que la vida se normalizase, o casi, tras finalizar el mes de agosto.

— La crisis pa los de siempre —refunfuña, más enfadado por la misión que por haberse perdido las vacaciones, al menos de momento.

López ha renunciado, años atrás, a cualquier vida privada; le bastó un doloroso divorcio y casi perder a los dos hijos convertidos en visitas esporádicas. No carga las culpas ni a la profesión, ni a Lucía; de alguna manera, siempre le falta-

ron fuerzas para moverse apasionadamente o luchar abiertamente, se le daban mejor las retiradas.

Caminar hasta la calle Bailén desde la salida del metro le ha sentado bien. Han quedado a las diez de la mañana, comprueba que aún le resta tiempo para un café. Y lo necesita. Café y cigarrillo, al menos hasta que las autoridades logren convertir en delito fumar incluso en privado o en la vía pública.

Aún le gusta su ciudad, sus avenidas, su luz, y aquella sensación de calma incluso bajo el ajetreo, Madrid no había perdido totalmente sus aires de poblachón donde los vecinos se dan los buenos días y preguntan por la salud. Decidió entrar en el ContraClub, donde nunca había estado. Siguiendo la misma calle se veía la Almudena y en uno de sus laterales, las oficinas donde lo esperaba, no el obispo, claro, sino alguien, *de su total confianza*.

López, mientras se tomaba una porra con el café, pensó en lo inútil de aquella entrevista. La Iglesia no sólo no airea sus trapos sucios, sino que los guarda bajo llave de oro en arqueta de plomo. Una formalidad, pero una formalidad necesaria por si el asunto de los asesinatos continuaba y su instinto le aseguraba que así sería. No deseaban ser acusados de investigar a espaldas de los interesados, o prescindiendo de sus conocimientos en una materia que parecía serles propia.

Ignora cómo será el hombre de confianza del obispo y no le gusta asistir a citas ciegas.

— Buenas, soy el inspector López.

— ¡Ah, sí! —el portero se inclina levemente, tal vez empujado más por la pequeña joroba que por el respeto al cargo—. Lo están esperando —se aparta para permitirle entrar y hace un ademán con el brazo izquierdo, el derecho permanece muerto a un costado de su cuerpo, para que lo siga—. Por aquí, por favor.

Caminan por un largo y nada agobiante pasillo. El lugar rezuma la misma calma de una Iglesia sin feligreses. Tan sólo

el eco de sus pisadas por el immaculado suelo de baldosas pulidas y brillantes. El hombre, vestido con camisa, chaqueta de punto y pantalón de tela grises, lo antecede hasta una puerta de madera tallada. Tras unos breves golpes en la misma, se escucha, con claridad, el permiso para entrar. El portero deja a López tras abrir la puerta y se aleja por el mismo pasillo en beata posición inclinada. Al inspector le parece regresar al colegio de maristas donde estudió y acudir a una de las citas con el hermano director para repasar el mal estado de sus notas o su pernicioso costumbre de pelear durante los descansos con los más brutos del colegio. Se afloja la corbata que, a estas alturas, ya se ha transformado en soga y avanza unos pasos tratando de forjarse una idea de la persona *de total confianza* en quien delegó el obispo.

— Por favor, inspector, pase — la voz retumba joven y segura—. Buenos días — ningún saludo religioso, el hombre le tiende la mano, por un momento López no sabe si ha de besarla, decide estrecharla—. Siéntese por favor.

— Gracias, padre...

— Lorenzo Varela.

López piensa en la coincidencia del apellido con el del obispo, Rouco Varela, después mira su aspecto, pulcro, comedido, perfecto, del joven sacerdote, sin sotana, pero con alzacuellos. Si llevara sotana, diría que pertenecía a los Legionarios, tan cuidadosos en su aspecto.

— Varela —repite el inspector.

— No tenemos parentesco —afirma con una delicada sonrisa el sacerdote contestando a sus preguntas sin realizar—. Me han dicho que necesitan nuestra colaboración por el lamentable asuntos de los crímenes, ¿verdad?

— Cierto, padre...

— Llámeme Lorenzo, no estamos reunidos en calidad de creencias, inspector. Digamos más bien que esta es

una reunión para ayudarnos mutuamente.

— Bien, pues sí, necesitamos su ayuda —respira hondo, imaginando de antemano los resultados negativos—. Como sabrá ya son cinco las personas pertenecientes a la Iglesia que han aparecido asesinadas y con un extraño símbolo grabado en cada uno de sus pechos...

— ¡Una terrible locura!

— Obra de algún loco, sin duda —no entrará en los recovecos del tipo de sociedad que ha perdido el respeto por la Iglesia y que puede lanzarse a la calle a quemar monjas, curas y conventos—. ¿Conoce el símbolo grabado?

— Lo he visto en la prensa, sí.

— Me refiero a si pueden darle alguna atribución que se nos escape —. López evita pronunciar el nombre.

— Ya he visto que se atribuyen a una secta satánica —sonríe como un niño que habla de los reyes magos con un adulto—. ¡Pura tontería!

— ¿Por qué?

— Bueno —junta las dos manos sobre la mesa, con los codos apoyados y los dedos de ambas manos unidos, las palmas separadas— Para empezar, ese símbolo carece de antecedentes, ni como secta, ni como símbolo de la Iglesia, ni siquiera entre los más antiguos y olvidados —López escucha con cierta atención— Para seguir, si fuera cierto que un grupo “satánico” —López siente que las comillas han sido dibujadas con negrita— cometiera esos crímenes, los habría realizado en lugar sagrado, o cerca, o encontraríamos algún resto de ritual oficiado en el lugar, incluso podríamos encontrar alguna mutilación en los cuerpos...

— Se refiere a velas, sangre, cálices...

— Por ejemplo.

— Sin embargo, todos eran hombres consagrados.

— No todos respetan nuestra misión, inspector. Estos no son buenos tiempos para la religión, ya sabe, las costumbres, las nuevas leyes contra natura...

— Ya, ya —ese toro no lo torearía él—. Descartamos, entonces, la existencia de vínculos con la Iglesia, o sus contrarios — voluntariamente evitó decir enemigos—. ¿Cierto?

— Cierto.

— ¿Ni siquiera existen, por separado, esos elementos?

Pese a conocer el alcance de la cooperación, intenta apurar cuanto pueda la única pista real con que cuentan: el maldito símbolo perfectamente dibujado en las cinco víctimas. Casi como si llevaran una plantilla sobre la que grabarlos. Los expertos del CESID ya habían descartado la presencia de un símbolo similar entre las herejías o los grupos satánicos desde la antigüedad hasta nuestros días. Ni siquiera en el Apocalipsis se veía algo parecido.

— Bueno, verá, el círculo, para ciertos sectores místicos, la mística sufi, por ejemplo —lo mira como el catedrático examinando al desgraciado alumno, López no mueve un músculo—. Puede significar lo perfecto, o mejor, la suma total de la perfección, que, naturalmente, sólo puede ser Dios. La cruz al fondo, invertida, bien, si, es cierto, se supone que los símbolos sagrados, cuando se invierten, pueden responder a cultos satánicos, pero —se paró, sonrió, levantó una ceja—. ¿No se le ha ocurrido que un círculo y una cruz, o similar, también es el símbolo femenino en genética?

— Sí, lo hemos visto — mentía y mentalmente tomó nota—, pero, como sabrá, en el interior se dibuja una paloma. Por eso lo descartamos.

— Cierto — tomó aire, se acomodó en el sillón—. La paloma, en cierta simbología cristiana...

— ¿Herética?

— No —lo miró con cierto aire de maestro ante un alumno idiota— Es, para la Iglesia oficial, el símbolo del Espíritu Santo. Ya sabe, la Trinidad...

— Lo sé, lo sé —no le añadió sus años en el colegio de los Maristas y las obligatorias clases de religión, los ejercicios espirituales, también obligatorios, y otras piadosas prácticas—. Parece darme la razón.

— No lo sigo.

— Un símbolo claro de la Iglesia: el Espíritu Santo —. López iba señalando con los dedos de la mano izquierda—, encerrado en lo que pudiera considerarse Dios, ese círculo perfecto del que usted habla. Por último la cruz del Hijo... ¡Todo puede estar relacionado con símbolos de la Iglesia!

Al menos, con aquella teoría pensada sobre la marcha, porque nunca se mencionó en ninguna de las reuniones de la nueva sección creada ex profeso para estos asesinatos, cogió por sorpresa al sacerdote.

— Rebuscado — parecía buscar las palabras—. Imaginemos que así fuera, inspector, al menos para nosotros, no consta ningún movimiento que reclamara como propia esa —movió una mano en el aire—, digamos, extravagante y rebuscada simbología de la Trinidad. ¡Lo siento!

— Ya.

— Ni siquiera la encontrará en las, hasta cierto punto ingenuas, pinturas medievales.

López tomó aire. Aquel jovencito parecía disfrutar de una victoria personal con aquella humillante entrevista: él pobre policía ignorante, frente al erudito imbuido de autoridad. Se le notaba seguro de su discurso y facundia, de sus espaldas bien cubiertas. Llegaría lejos con aquellos modales de notable, su voz profunda y suave como terciopelo ocultando una maza de acero. Decidió bajarle los humos.

— Supongamos, es una hipótesis claro, que se trate de una venganza —mira el rostro del sacerdote, ni una

señal de alarma o indignación—. Quiero decir que, en pura hipótesis, los cinco muertos podían compartir algo entre ellos.

— Claro, inspector, los cinco eran hombres al servicio de Dios y la Iglesia —lo dijo sin mover un músculo ni cambiar la postura de las manos.

— Uno de ellos —*¡niñato!*, pensó—, como imagino sabrá, había sido acusado de abusar de niñas pequeñas, cuando preparaban su primera comunión...

— Estamos acostumbrados a la calumnia, inspector —levantó los ojos buscando paciencia para soportar tanta maldad

— Una denuncia no es una calumnia, Lorenzo —recalcó el nombre para señalar que no hablaba de teología, sino de leyes—, al menos hasta que se dicte sentencia y quede probado que lo es.

— Hasta dónde yo sé, ese sacerdote, nunca fue condenado por ese supuesto delito.

— Tampoco fue juzgado, como sabrá lo cambiaron de parroquia y el asunto se diluyó...

— ¿A dónde quiere llegar, inspector? —el sacerdote fijaba la barrera, el punto exacto por donde no podría adentrarse.

— Me pregunto si los otros asesinados, pudieran tener denuncias similares, o, cuando menos, sospechas...

— Inspector —las manos se juntaron, los ojos, casi verdes, relampaguearon, los buenos modos estaban a punto de finalizar—. No le sigo el discurso.

— Nos hemos reunido para colaborar, ¿no?

— Cierto. Pero, en este momento, usted está buscando los motivos en las víctimas, no en el asesino.

— Es un modo bastante lógico de investigar, se lo aseguro. Al menos en mi profesión, aunque creo que en la suya también, ¿no se dice que por el pecado conoceréis al pecador? —notó un ligero movimiento en la

mandíbula del joven sacerdote casi guerrero—. Incluso recuerdo, de esto hace años, cómo me enseñaron que existen “tipos” de pecador inclinados hacia ciertos pecados, ya sabe, como hicieron algunos juristas con la “tipología del criminal” —el nerviosismo del joven sacerdote se iba haciendo más patente, López encontró divertido el juego, aunque decidió no insistir—. Un crimen puede tener razones privadas, pero cuando un loco decide cometer una serie de crímenes, “existen” —López dibujó con los dedos las comillas, por si no se le hubieran notado en el tono de voz— razones en la víctima elegida. Aunque sólo le sirvan al asesino. No actúa ni por azar, ni de manera descontrolada. Conocerlas, las supuestas razones quiero decir, nos ayuda a dar con él.

— Pues lamento no serle de ayuda, en este caso al menos. Lo único que nuestros hermanos mártires tienen en común es su servicio a la Iglesia y a los fieles.

— ¿Por qué los llama mártires?

— Es lo que son —ahora se inclinó, levemente, sobre la mesa— Son víctimas de estos tiempos confusos y laicos.

— ¿Cómo llamaría a los niños que sufren abusos?

Hubo unos segundos de silencio. Aquel impostado hombre de confianza del obispo, seguro estaba al corriente de las actuaciones, al menos de dos de los sacerdotes asesinados, relacionadas con menores. Incluso intuía, que la total falta de colaboración se debía a esos antecedentes capaces de convertir a los “mártires” en delincuentes de un crimen execrable para gran parte de la sociedad.

Lorenzo Varela calibraba hasta dónde podía ser descortés. Decidió dejar pasar la pregunta, como si nunca hubiera sido formulada.

— Lamento no poder ayudarlo más.

— De todos modos, y tan sólo por si desean evitar más “mártires” —de nuevo dibujó las comillas con am-

bas manos en el aire—, en el supuesto de que se le ocurriera algún detalle, del tipo que sea, sobre ellos, por favor, avísenos.

— Cuento con ello.

Al inspector le costaba creer que nada, ni los tiempos, ni las costumbres, ni las leyes, lograra horadar la fortaleza de silencios donde llevaban pertrechados cientos de años. Naturalmente, no les darían ninguna información. Algo que, a buen seguro, ya contaba entre sus archivos.

López estaba convencido de que aquellos muertos, mártires en boca de Lorenzo Varela, estaban unidos entre sí por algo más que compartir ese servicio y la sotana. De hecho, algunos vecinos, en el segundo de los casos del sacerdote más anciano, hablaron de lo mucho que le gustaba al viejo sacerdote verse rodeado de niños. Lo malo era saber que, cuando ciertos delitos y crímenes, los comenten personajes protegidos por una institución como la Iglesia, ni siquiera figuran en los archivos policiales. Ni en los del CESID, ni en ningún otro lugar salvo en la memoria de las víctimas.

Eso sí, decidió pedir en la próxima reunión, que alguno de los hackers del CESID entrara en el ordenador del arzobispado. Sin hacerlo oficial, claro.

— Por si, además del papel, ahora utilizan los ordenadores para apuntar los pecados.

Lo murmuró mientras recorría, tras el portero y su humillada joroba, el mismo pasillo. El portero debió imaginarlo rezando.

Salió deseando volver a la calle para respirar un aire no contaminado con el secretismo y la basura escondida bajo los ropajes y las alfombras.

Aquel joven sacerdote a quien no se le despeinaba ni un pelo, perfectamente atildado, daría cumplida cuenta a su superior, tanto de las sospechas de la policía, o del propio inspector, como del mal gusto por rebuscar entre los ocultos fondillos libidinosos de los muertos. También sabía que no harían nada, salvo lamentarse en los púlpitos por la nue-